

## MI PAZ OS DOY... DEJEMOS ENTRAR LA PAZ DE CRISTO EN NUESTRAS VIDAS

Estamos en la Pascua. Ya anochecido el domingo de Resurrección, Jesús se aparece a los apóstoles y sus compañeros que estaban reunidos en el Cenáculo en Jerusalén. *“Entró Jesús, se puso en medio y les dijo: <Paz a vosotros>”* (Juan 20, 19). *“Este es el saludo de Cristo vencedor, de Cristo resucitado”*<sup>1</sup>. Les mostró las manos y el costado, llevaban las marcas de los clavos y de la lanzada. *“Son un sello indeleble de su amor por nosotros, una intercesión perenne para que el Padre celestial las vea y tenga misericordia de nosotros y del mundo entero”*<sup>2</sup>. Ellos se llenaron de alegría al ver al Señor. En medio de esa algarabía, *“Jesús repitió: <Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo>. Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: <Recibid el Espíritu Santo...>”* (Juan 20, 21-22). Cuatro días antes, el Jueves Santo, en ese mismo lugar, en el discurso de despedida Jesús advierte a los apóstoles: *“La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo”* (Juan 14, 27). Les aclara que su paz no es como la que ofrece el mundo. La paz que baja del Cielo es Cristo. *“Él es nuestra paz”* (Efesios 2, 14-17). Isaías lo profetizó: *“Porque un niño nos ha nacido... y es su nombre... Príncipe de la paz”* (9, 5). El término bíblico *Paz* es el conjunto de bienes en que consiste la salvación que traería el Mesías prometido. ¿Dónde está el origen de esa paz? En la Cruz. La paz de Cristo nace del don de sí, del hacerse cargo de nuestras miserias. Él *“combatió y venció por nosotros con las armas del amor, para que nosotros pudiéramos tener paz, estar en paz, vivir en paz”* (ref. nota 2). La paz pasa por la reconciliación con Jesús: *“Y por él y para él quiso reconciliar todas las cosas... haciendo la paz por la sangre de su cruz”* (Colosenses 1, 20).

Vencido nuestro mal, nuestro pecado y nuestra muerte, Jesús nos entrega el Espíritu Santo. Uno de sus dones es la paz, que estamos llamados a acoger para darla. *“Porque el reino de Dios... es justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo; el que sirve en esto a Cristo es grato a Dios, y acepto a los hombres. Así, pues, procuremos lo que favorece la paz y lo que contribuye a la edificación mutua”* (Romanos 14, 17). Si no lo hacemos, nuestro carnet de identidad de hijos de Dios será una falsificación. *“Bienaventurados los pacíficos* (en griego <eirenopoioi>, literalmente los hacedores de paz), *porque ellos serán llamados hijos de Dios”* (Mateo 5, 9), es una enseñanza clara de Jesús. Su paz es una fuerza de lo alto destinada a resplandecer en nuestras vidas y expandirse alrededor a través del servicio valiente a la verdad, a la justicia y a la caridad. Su paz edifica la historia, a partir del corazón de cada hombre que la acoge, *“es el signo seguro del empeño por la causa de Dios”*<sup>3</sup>.

Hablaré de una condición *sine qua non* para dejar que la paz de Cristo entre en nuestras vidas y de unas exigencias de ser artesanos de paz. ¿Quiénes son los pacíficos? San Agustín contestaba: *“los que construyen la paz”*. Dios nos pide tomar partido por la paz, nos llama a acogerla, protegerla y difundirla.

### **¿De qué ha predicado el Papa en esta Semana Santa, cuál ha sido su mensaje al mundo?**

En esta breve presentación<sup>4</sup> me quedo con una idea de su mensaje *Urbi et Orbi* de Pascua. *“Nuestras miradas son incrédulas en esta Pascua de guerra. Hemos visto demasiada sangre, demasiada violencia”*, decía. Podemos pensar con motivo que el sonido de alegría de la Pascua, de campanillas al proclamar *Gloria* en la Vigilia Pascual, se ha distorsionado por el eco de las bombas y los lamentos. *“Nos cuesta creer que Jesús verdaderamente haya resucitado, que verdaderamente haya vencido a la muerte”*. ¿Podemos dudar, pensar que es una ilusión falsa? No, afirmaba. *“Hoy más que nunca tenemos necesidad de Él, al final de una Cuaresma que parece no querer terminar... Necesitamos al Crucificado Resucitado para creer en la victoria del amor, para esperar en la reconciliación. Hoy más que nunca lo necesitamos a Él, para que poniéndose en medio de nosotros nos vuelva a decir: <¡La paz esté con ustedes!>. Sólo Él puede hacerlo... ¡dejemos entrar la paz de Cristo en nuestras vidas, en nuestras casas y en nuestros países!”*.

### **Condición sine qua non para acoger la paz: dejarse amar y perdonar por Dios**

No basta nuestra buena voluntad para estar en paz con los demás, porque las raíces de la guerra están en nosotros y solos no podremos arrancarlas completamente, ni podremos impedir que engendren malos frutos. *“Necesitamos la fuerza sabia y apacible de Dios, que es el Espíritu Santo. Necesitamos el Espíritu de amor que*

<sup>1</sup> Francisco, audiencia del miércoles santo (13.04.22).

<sup>2</sup> Francisco, mensaje *Urbi et Orbi* de Pascua (17.04.22).

<sup>3</sup> Francisco, videomensaje al Encuentro interreligioso por la paz en Amberes (7.09.14).

<sup>4</sup> Animo a leer la homilía de la celebración penitencial del 25 de marzo, y el acto de consagración de la Iglesia y la humanidad, de manera especial Rusia y Ucrania, al Corazón Inmaculado de María, realizado a continuación. La audiencia del miércoles santo. Las homilías del Domingo de Ramos y de la Vigilia Pascual y el mensaje *Urbi et Orbi* de Pascua. <https://www.vatican.va/content/vatican/es.html>

*disuelve el odio, apaga el rencor, extingue la aidez y nos despierta de la indiferencia. Ese Espíritu que nos da la armonía, porque Él es la armonía. Necesitamos el amor de Dios porque nuestro amor es precario e insuficiente. Le pedimos al Señor muchas cosas, pero con frecuencia olvidamos pedirle lo más importante, y que Él desea darnos: el Espíritu Santo, es decir, la fuerza para amar. Sin amor, en efecto, ¿qué podemos ofrecerle al mundo? Alguien ha dicho que un cristiano sin amor es como una aguja que no cose: punza, hiere, pero si no cose, si no teje y si no une, no sirve. Me atrevería a decir que no es cristiano. Por eso es necesario obtener del perdón de Dios la fuerza del amor*<sup>5</sup>. El amor y el perdón de Dios nos liberan del dominio de los malos instintos y nos llenan de amor. Un corazón así renovado podrá acoger la urgente llamada de la verdad, de la justicia y del amor generoso, y superando la propia fragilidad, comprometerse a crear la armonía activa en las relaciones con los demás, a buscar positivamente la colaboración de unos con otros, a contribuir al desarrollo del bien común y no solo del particular. La paz es una planta que germina en el corazón humilde y arrepentido, sanado por la misericordia divina. Ojalá descubramos la cercanía, la ternura y la comprensión de Dios manifestado en Cristo: si le confiamos nuestras miserias escucharemos su palabra: *“tu fe te ha salvado; vete en paz y queda curado de tu enfermedad”* (Marcos 5, 34). Podremos cantar de verdad esa afirmación extraña y maravillosa del pregón pascual: *“Feliz culpa que nos mereció tal Redentor”*. La paz recuperada será componente esencial de la felicidad.

¿Cómo vamos a dar la paz a los demás si no tenemos paz en nosotros? Regresamos al cenáculo, las palabras de Jesús Resucitado concluyen así: *“a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos”* (Juan 20, 23). Jesús comparte su misión con los apóstoles, los hace servidores de la paz del cielo instituyendo el sacramento de la Confesión: por gracia del Espíritu Santo actuando en persona de Cristo perdonaran los pecados, y así posibilitarán que la paz reine. *“Porque, si queremos que el mundo cambie, primero debe cambiar nuestro corazón”* (ref. nota 5). El perdón divino pacifica el corazón, que gusta de la paz donada, que acoge y ama. Y nos hace socios para irradiar alrededor la paz recibida. Somos servidores de la paz. Solo así merecemos el título de hijos de Dios porque imitamos al Hijo único de Dios, Cristo.

Se entiende la insistencia del Papa en que acudamos con esperanza a la Confesión: *“Lo necesitamos, porque cada renacimiento interior, cada punto de inflexión espiritual comienza aquí, en el perdón de Dios”* (ref. nota 5). En la homilía del Domingo de Ramos (10.04.22), al comentar la escena del ladrón arrepentido, Francisco decía: Dimas *“en el infierno del mundo ve abrirse el paraíso: <Hoy estarás conmigo en el paraíso>* (Lucas 23, 43)... *Dios perdona a todos, puede perdonar toda distancia, y puede cambiar todo lamento en danza* (cf. Salmo 30, 12)... *Porque Cristo intercede continuamente ante el Padre por nosotros* (cf. Hebreos 7, 25) *y, mirando nuestro mundo violento, nuestro mundo herido, no se cansa nunca de repetir —y nosotros lo hacemos ahora con el corazón, en silencio—: <Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen>* (Lucas 23, 34)<sup>5</sup>.

### **Perdonar de corazón**

Es la primera consecuencia de ser perdonados. Dios nos perdona siempre y todo... porque nos ama incondicionalmente; por eso no quiere nuestras miserias, que nos dañan, y siempre está esperándonos como el padre bueno del hijo pródigo: su mayor deseo es que le demos la alegría de volver a casa. En cuanto escucha nuestra confesión, nos absuelve y hace fiesta. Perdonar de corazón es un don divino que germina en nuestro interior al *“experimentar el cálido abrazo del Padre, la dulce fuerza de Jesús que nos cura y la <ternura materna> del Espíritu Santo. Esta es la esencia de la Confesión”* (ref. nota 5). Al perdón se une la curación; la conciencia escucha mejor la voz divina, y ganamos en conocimiento propio; percibimos con mayor claridad de qué pasta somos y el mal que podríamos cometer sin la gracia de Dios. Ese discernimiento nos hace más humildes y comprensivos con uno mismo y con el prójimo; despeja el camino del perdón.

Jesús nos enseñó en el Padrenuestro a pedir el don divino del perdón sin recortes: *“perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”*. Como conoce el barro del que estamos hechos, al terminar la oración subrayó la importancia de perdonar a los demás: *“Pues si perdonáis a los hombres sus ofensas, también os perdonará vuestro Padre Celestial. Pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados”* (Mateo 6, 14-15). Si preguntamos a Jesús: *“Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?”* Oiremos su respuesta clara: *“No te digo*

---

<sup>5</sup> Francisco, homilía en la celebración penitencial en la fiesta de la Anunciación (25.03.22).

*hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete*" (es decir, siempre), y el relato del siervo desagradecido, que fue condenado por su actitud. Su señor le calificó de *"¡siervo malvado!"*; le había perdonado una deuda impagable de 10.000 talentos (equivalente a 60 millones de denarios; un denario era el salario de una jornada) porque se lo había pedido. Y en cambio él había negado a un compañero la condonación de una deuda de 100 denarios. *"¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?"* Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. *Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano*" (Mateo 18, 21-35), concluirá Jesús.

Perdonar de corazón nos asemeja a Dios. Pero no es fácil, es fruto del Espíritu Santo. *"No está en nuestra mano no sentir ya la ofensa y olvidarla; pero el corazón que se ofrece al Espíritu Santo cambia la herida en compasión y purifica la memoria transformando la ofensa en intercesión"*. No es lo mismo sentir el enfado que dejarse llevar por él. Pidamos ayuda a Dios: dame tu paz, y recemos por esa persona. *"Todos tenemos simpatías y antipatías, y quizás ahora mismo estamos enojados con alguno. Al menos digamos al Señor: <Señor yo estoy enojado con éste, con aquélla. Yo te pido por él y por ella>. Rezar por aquel con el que estamos irritados es un hermoso paso en el amor, y es un acto evangelizador. ¡Hagámoslo hoy!"*<sup>6</sup>. La revancha, el resentimiento, devolver mal por mal... imposibilita restaurar la paz verdadera: *"ninguna comunidad puede sobrevivir sin el perdón"*<sup>7</sup>. Por eso, *"el perdón da testimonio de que, en nuestro mundo, el amor es más fuerte que el pecado"*<sup>8</sup>. Perdonar de corazón posibilita estar en paz y darla.

### **La bancada de prueba: el perdón a los enemigos**<sup>9</sup>

Siempre sorprende la enseñanza de Jesús: *"Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian"* (Lucas 6, 27). Y aún más concreto: *"Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra"* (v. 29). *"Cuando nosotros escuchamos esto, nos parece que el Señor pide lo imposible. Y además ¿por qué amar a los enemigos? Si no se reacciona a los prepotentes, todo abuso tiene vía libre, y esto no es justo. ¿Pero es realmente así? ¿Realmente el Señor nos pide cosas imposibles, incluso injustas?"*, se cuestionaba el Papa.

Francisco nos proponía el ejemplo de Cristo, cuando fue golpeado por uno de los guardias durante el juicio en casa de Anás (ref. Juan 19-23). ¿Cuál fue la reacción de Jesús? ¿Le insultó? No, le contestó: *"Si he faltado al hablar, muestra en qué he faltado; pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?"*. A partir de ahí, el Papa ilustra con tres ideas lo que significa poner la otra mejilla:

- *"Poner la otra mejilla no significa sufrir en silencio, ceder a la injusticia. Jesús con su pregunta denuncia lo que es injusto. Pero lo hace sin ira, sin violencia, es más, con gentileza. No quiere desencadenar una discusión, sino desactivar el rencor, esto es importante: apagar juntos el odio y la injusticia, tratando de recuperar al hermano culpable... La mansedumbre de Jesús es una respuesta más fuerte que el golpe que recibió"*.
- *"Poner la otra mejilla no es el repliegue del perdedor, sino la acción de quien tiene una fuerza interior más grande. Es vencer al mal con el bien, que abre una brecha en el corazón del enemigo, desenmascarando lo absurdo de su odio"*.
- *"Poner la otra mejilla, no es dictado por el cálculo o por el odio, sino por el amor... Es el amor gratuito e inmerecido que recibimos de Jesús el que genera en el corazón un modo de hacer semejante al suyo, que rechaza toda venganza"*.

Pero, ¿es posible actuar como Cristo: amar a los que nos odian? *"Si dependiera solo de nosotros, sería imposible. Pero recordemos que, cuando el Señor pide algo, quiere darlo. El Señor nunca nos pide algo que Él no nos dé antes"*. Francisco nos recuerda una oración de san Agustín, puede servirnos para pedir esta gracia de ser constructores de paz hacia todos, sobre todo hacia quien es hostil con nosotros: *"Señor, <da lo que mandas y manda lo que quieras> (Confesiones, X, 29.40), porque me lo has dado antes"*. Nadie, por malvado que sea, por mal que nos quiera, podrá impedirnos que lo amemos... con la gracia de Dios.

<sup>6</sup> Francisco, exhortación La Alegría del Evangelio n. 101.

<sup>7</sup> san Juan Pablo II, Orar n. 142.

<sup>8</sup> Catecismo de la Iglesia Católica n. 2843-2844.

<sup>9</sup> Francisco, Ref. Angelus (20.02.22). Recojo en este punto el comentario del Papa al texto de Lucas 6, 27-38.

Pero es cierto que para vivir en paz con el prójimo hace falta que sean dos quienes lo deseen. Por eso, la “guerra” siempre es posible pero también será evitable, no hay pelea si uno no quiere. No renunciemos a la paz: “A ser posible, y cuanto de vosotros depende, tened paz con todos” (Romanos 12, 18). ¿Lo hacemos así? Nos ayudará considerar el consejo de san Juan de la Cruz: “Donde no hay amor, ponga amor, y sacará amor”<sup>10</sup>.

### **Purificar nuestra mirada y nuestras palabras**<sup>11</sup>

Ser artesanos de paz implica limpiar la mirada. “¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo?” (Lucas 6, 41). “Estamos muy atentos a los defectos de los demás, incluso a los que son pequeños como una brizna de paja, e ignoramos serenamente los nuestros otorgándoles poco peso”<sup>12</sup>. Es verdad lo que dice Jesús: encontramos siempre motivos para culpabilizar a los demás y justificarnos a nosotros mismos”. El Espíritu Santo dilatará nuestro corazón si se lo pedimos. Por una parte, desarrollará “la capacidad de mirar con afecto a las demás personas, hasta verlas con los ojos de Cristo” y por otra, limpiará “nuestra mirada de cualquier prejuicio, aprenderemos a descubrir lo bueno en cada persona y renunciar al deseo de hacerlas a nuestra imagen”<sup>13</sup>. Nos concederá un corazón bueno para querer y una voluntad dispuesta para servir. Nos moverá a mirar como lo hace Jesús: “este es el secreto: mirar a los demás como lo hace Él”. ¿Cómo nos mira Dios? Con misericordia. “Dios nos mira así: no ve antes que nada el mal sino el bien; no ve en nosotros errores irremediables, sino que ve hijos que se equivocan. Salva siempre la persona. Cree siempre en la persona y está siempre dispuesto a perdonar los errores. Sabemos que Dios perdona siempre. Y nos invita a hacer lo mismo: a no buscar en los demás el mal, sino el bien”.

Ser artesanos de paz implica cuidar las palabras. “El hombre bueno, de la bondad que atesora en su corazón saca el bien, y el que es malo, de la maldad saca el mal; porque de lo que rebosa el corazón habla la boca” (Lucas 6, 45). Las palabras que usamos dicen la persona que somos, también moldean nuestro corazón. De ahí la importancia de prestar atención a lo que decimos. “Lamentablemente, con la lengua podemos alimentar los prejuicios, alzar barreras, agredir e incluso destruir”<sup>14</sup>: ¡las murmuraciones hieren y la calumnia puede ser más cortante que un cuchillo!”, advierte el Papa. Son muchas las veces en que ha denunciado “el terrorismo del chisme”. Combatamos los chismes: ni originarlos ni transmitirlos, que tan fácil es ahora usando las redes sociales: “las palabras corren veloces; pero demasiadas vehiculan rabia y agresividad, alimentan noticias falsas y aprovechan los miedos colectivos para propagar ideas distorsionadas”. Sembramos paz cuando hablamos con verdad y mansedumbre, cuando las palabras expresan atención, respeto, comprensión, cercanía, compasión, disculpa.

### **Recuperar la amabilidad**

Sería el último punto. El Papa propone recuperar la amabilidad en la encíclica *Fratelli tutti* (nn. 222-224); también apunta unas pinceladas sobre la amabilidad en *Amoris Laetitia* (nn. 99-100). Es un campo de mejora inexcusable. “Ser amable no es un estilo que un cristiano puede elegir o rechazar”<sup>15</sup>. Francisco habla del “milagro” de la persona amable, lo califica de “estrella en medio de la oscuridad”. Es esa persona capaz de “dejar a un lado sus ansiedades y urgencias para prestar atención, para regalar una sonrisa, para decir una palabra que estimule, para posibilitar un espacio de escucha en medio de tanta indiferencia. Este esfuerzo, vivido cada día, es capaz de crear esa convivencia sana que vence las incomprendiones y previene los conflictos”<sup>16</sup>. “Cada persona con la que te encuentras está librando una batalla de la que no sabes nada. Sé amable. Siempre”. Procuremos cultivar la ilusión de ser cordiales, no erizos. Delicados, no rudos. Alegres, no tristes. Humildes, no quisquillosos. Positivos, no cenizos. Sencillos, no problemáticos. Honestos, leales...

<sup>10</sup> Fragmento de una carta de san Juan de la Cruz a la Madre María de la Encarnación. Contestaba al mensaje de consuelo que le habían mandado las monjas de un convento de Segovia al enterarse que había sido privado de todo cargo de gobierno en la Orden.

<sup>11</sup> Francisco, Ref. Angelus (27.02.22). Recojo en este punto el comentario del Papa al texto de Lucas 6, 39-45.

<sup>12</sup> Hay una imagen muy clara. Todos llevamos dos mochilas. La de los defectos y limitaciones a la espalda, la de las virtudes delante. La que vemos continuamente es la de las cosas buenas, para ver la otra, tenemos que pararnos, quitárnosla y abrirla. Exige un esfuerzo. Cuando uno hace el camino de la vida, lo que vemos a primeras es la espalda de los demás, es decir, su mochila de defectos; para fijarnos en la mochila delantera, la de las virtudes, hay que girar la cabeza, o mejor aún pararse, acercarse y mirar de frente.

<sup>13</sup> Fernando Ocariz, carta pastoral del prelado del Opus Dei sobre la amistad (1.11.19) n. 8.

<sup>14</sup> Muchos leímos “La cizaña” de Asterix, y recordamos a *Perfectus Detritus*, especialista en la crítica y la maledicencia: “un ser inmundo pero muy eficaz. El horripilante y verdoso rostro de la discordia surge a su paso”, defenderá un senador ante Julio César. Es la técnica del diablo (*diábolos* en griego, el que divide, el que crea odios...).

<sup>15</sup> Francisco, *Amoris Laetitia* n. 99.

<sup>16</sup> Francisco, *Fratelli tutti* n. 224.

Supondrá mejorar el carácter por amor a Dios y a los demás. Ser amable es un quehacer, valioso y exigente, que requiere un voluntario y esforzado ejercicio de diversas virtudes. Así facilitamos la cercanía y el diálogo con los demás. Aprenderemos a querer, a cada uno como lo requiera. Seremos agentes de paz con la gracia del Espíritu Santo, que Cristo nos ha ganado en la Cruz.